

## *Curriculum vitae*

Eric Jiayu Martos García

**E**laborar un *curriculum vitae* requiere recordar fechas, títulos y trabajos que definen qué forma de estar en el mundo hemos adoptado y, por tanto, algunas, por no decir la mayoría, de las decisiones que hemos tomado y podremos tomar a lo largo de la vida. Es por esto que rendir cuentas con el trato que uno ha dado a su circunstancia resulta intimidante, pues, ¿y si todavía no se ha hecho o pensado nada por sí mismo y, como consecuencia, no hay nada que merezca ser dejado por escrito? Por fortuna para mí, siendo breve el pasado, no me queda más que imaginar, inventar y preguntarme cada día sin miedo: “¿Cómo quiero que sea esta carrera de vida?”.

Ahora, la que fue mi primera respuesta me resulta ingenua, pues, cegado por la ilusión propia de la adolescencia, tomé propósitos ajenos por propios, escudándome en la conquista del único camino que hasta entonces había conocido, pero que no era el que realmente debía recorrer. En última instancia, me encontré volviendo al punto de partida una y otra vez y repitiéndome, esta vez con voz propia: “No lo sé, pero quiero saberlo; pues, ¿cuál es, sino, la tarea del filósofo?”. Quizás lo verosímil sería presentarme como una hoja en blanco, expectante por conocer qué ideas protagonizarán este nuevo comienzo, uno más de los muchos que habré de experimentar durante mi carrera. Sin embargo, sería deshonesto obviar que las primeras líneas de la novela que aspiro a firmar como propia no son de mi autoría: si algo me enseñaron mis años como bachiller, fue que hay conversaciones intempestivas; pues, incluso para una misma persona, pueden resultar vacías o incluso violentas, para después reconocerlas como el primer paso hacia una nueva forma de estar en el mundo. Al cabo, es elección de cada uno dejarse persuadir por el *eu práttein* con el que Platón puso fin (¿o principio?) a la *República*, obra que, de la misma forma que Alejandro Magno llevaba siempre la *Ilíada* consigo, se ha convertido en mi fiel compañera, pues me recuerda que, tomando prestado los términos de Santayana, el filósofo tampoco se libra de la locura que ve en el otro. Me queda mucho por explorar, pero creo que siempre acabaré sucumbiendo a la misma pregunta: “¿Qué es aquello que encuentro en los diálogos platónicos pero también en los cuentos de Kafka, los versos de Keats o el libro-mundo de Proust? O, dicho de otra forma, ¿qué es la filosofía y por qué quiero construir una vida a su imagen y semejanza?”.

Filosofía es, probablemente, la única palabra que resonó y resuena en mi cabeza cuando me hallo perdido. Pero he aquí una rareza: el viaje que he emprendido tiene como fin la búsqueda de un tesoro cuya forma, contenido o provecho no sabría poner en palabras. En ocasiones, me gusta imaginar que me

encuentro en una novela de Stevenson: entre los personajes que componen la llamada tradición filosófica y aquellos cuyo viaje prosigue o empezará pronto, no soy más que un grumete cuya presencia solo se hace notar si, tímido pero movido no solo por el deseo, sino también por la necesidad de saber, levanta la mano y desconcierta a los que lo rodean. Hace poco, todavía creía que la filosofía podría darme respuestas y, probablemente, a ello se debió mi decepción al descubrir que, a no ser que entendiésemos por filosofía el conocimiento de cuantos sistemas se han conformado durante la historia, estas no me satisfarían. Creo que, cuando uno hace filosofía, su atención ha de dirigirse a las preguntas, pues, aunque ello implique la humillación que provoca el silencio ante cuestiones inabarcables, habrá ocasiones en que la respuesta se hallará en la propia pregunta. Podría dedicar innumerables páginas a los prejuicios, como diría Nietzsche, que un apego a la vieja moral me ofreció, tomé y de los que creo no haberme librado por completo: la caverna, por mucho que se presente en forma de torre de marfil, no deja de ser caverna.

Si la vida examinada no es más que un juego de alturas, el choque entre la filosofía y la ciudad no se detendrá jamás; pero uno necesita elegir para comprender que, aunque se refugie en la ciudad, sus bienes no apagarán la llama de la filosofía, si es que llegó a encenderse. Este dilema es, al fin y al cabo, lo que dota de sentido a la existencia de la filosofía política; sin embargo, no es el único ámbito en que el conflicto que la muerte de Sócrates ejemplificó puede producirse. El deber de elegir y el rechazo de la especialización han de reconciliarse, aunque solo sea, como diría Blumenberg, posible si doy un rodeo. Sin embargo, ¿qué encontraré durante este rodeo? Literatura, poesía, cine... todavía no lo sé con seguridad, pero estos han sido elementos que me han permitido continuar con mi carrera a pesar de, aparentemente, estar tomándome un descanso; Platón ya lo demostró cuando, en el *Gorgias*, Sócrates le dice a Calicles que el mito que va a contarle, a su parecer, es un logos.

Si alguien me preguntara cómo me gustaría ser presentado – y fuesen sus palabras las que legitimasen el valor de lo que sea que quisiera decir, ya fuese en un aula o una sala de audiencia o –, creo que no me satisfaría ver que lo que estudio ahora, con poco más de dieciocho años, pesa más que aquello que en su momento quisiese saber. No porque crea que filosofía y escepticismo estén unidos *per se* sino, porque, en todo caso, es a lo que dedicase mi vida en ese momento lo que revelaría el verdadero valor de aquello que, en el pasado, hubiese estudiado; cuando uno aprende algo nuevo, su vida irá en consonancia con ello y, de no ser así, quizás necesite mirar atrás y examinar de nuevo la cuestión con ayuda de sus viejos maestros.

Podría haber intentado hablar de la relación entre la literatura y la filosofía, el arte y la estética, la ética o cualesquiera que sean las etiquetas con las que llamar y enmarcar nuestros intereses, pero no es el nombre sino el contenido con el que lo llenemos lo que me importa ahora; no niego su utilidad, pero, para alguien como yo, que no tiene suficientes conocimientos ni comprende siquiera la división de esos ámbitos en su totalidad, utilizarlas sería una forma de engañar(me) e intentar aparentar estar tratando con cuestiones que son, actualmente, incomprensibles para mí. Sin embargo, no me avergüenzo, pues tengo la creencia de que, con mayor o menor conocimiento,

toda formación puede quedar reducida a cero si uno quiere medirse con la dialéctica: por el momento, mi único propósito es que mis palabras posean más sentido que su ausencia; a menudo, el silencio no hace más que señalar la falta de valor para reconocer la incomprensión, entonces disfrazada de asentimiento mudo. Puede que, para algunas personas, regresar una y otra vez a las mismas preguntas resulte inútil, una prueba más de que el trabajo filosófico es comparable al mito de Sísifo; pero, pese a que en ocasiones puede ser un indicador de que no se está pensando de manera adecuada, creo que hay cuestiones sobre las que habremos de volver una y otra vez, no solo como individuos sino también como miembros de una comunidad o, simplemente, como seres que saben que su vida en algún momento acabará y, al poseer algo valioso, desean conservarlo. En definitiva, ¿por qué habría de pesar más mi interés por la Teoría *queer* si, tras esa cuestión, no encontraré más que el problema mente-cuerpo o la problemática que conceptos como el de identidad han traído a nuestro tiempo? Puede que estuviese listo para hablar de lo primero, pero, si lo que expreso carece de sentido y apreciación una vez el tema haya perdido su encanto, ¿habría estado haciendo filosofía o pura sofística?

Ahora bien, uno podría replicar: “Pero, habiendo tantas cosas por conocer, ¿cuándo sabrás que es suficiente?”. Y este uno es el mismo que hace un par de años, unos meses y ayer mismo continuaba preguntándose: “¿Cómo sabe un filósofo que es un filósofo?, ¿cómo sabe que está preparado para volver a la caverna?, ¿cuándo sabrá que está viviendo de la mejor manera posible?”. Y de la misma manera, con cuantas cuestiones, por irrisorias que parezcan, podamos imaginar: “¿Qué quiso decir realmente Rilke cuando aconsejó al joven poeta no escribir sobre los grandes temas?, ¿se referiría a que, para un poeta, no existe un gran tema en tanto que la poesía nace de las vivencias del poeta, de lo concreto y no de lo universal?” podría ser uno de muchos ejemplos.

¿Ideas fundamentales? Ninguna que merezca tal nombre. ¿Propósitos? Desordenados y puede que carentes de importancia. ¿Logros? Pocos, además de pendientes de un reconocimiento que solo el paso del tiempo puede concederles. Pero, aún así, vivo rodeado de personas a las que quiero probar que una educación liberal y mayéutica da sus frutos, empezando por mí mismo y terminando por aquellos que todavía no han tenido oportunidad de cruzarse con la filosofía.